

¿Son posibles la inclusión y la igualdad en la escuela cuando se trata de educar a niños "normales" al lado de discapacitados? En este artículo el autor afirma que la igualdad no es de capacidades; ni siquiera de oportunidades. La igualdad está en la motivación, en el estímulo suficiente que aliente en ellos la búsqueda permanente de la mejora personal.

Defensa de la desigualdad: Educación, inclusión y discapacidad

Constantino Carvallo Rey



Fotos: EPENSA Imágenes

I
Las instituciones son seres vivos que tienen sus propias intenciones, sus propios apetitos y su propio aparato de reproducción. Los hombres y mujeres, los funcionarios, terminan, más allá de sus deseos, contribuyendo, acaso sin saberlo, al cumplimiento de esos fines ocultos que solo el animal instituido conoce. La escuela, por ejemplo, es una institución que en la superficie se somete a las formas de los planificadores de la educación, que exhibe sus currículos, sus fines, sus métodos, sus cronogramas y objetivos. Pero bajo los kilos de papel bond late un organismo diferente, un complicado tejido que atrapa a

Constantino Carvallo Rey, filósofo y educador, director del colegio Los Reyes Rojos.



maestros y alumnos y los obliga a cumplir su currículo oculto.

El monje checo Jan Komensky, quien, inspirado en Descartes, concibió y fundó la escuela moderna, estaba animado por un sueño visionario: enseñar todo a todos. Su obra fundamental, la *Didáctica Magna*, se subtitula así: "Cómo enseñar todo a todos". Pensó que separando por edades en espacios diferenciados, graduando objetivos, escribiendo textos para cada grado, sería posible el gran objetivo ilustrado de sacar a la humanidad de la superstición y la ignorancia. Juntó así, revolucionariamente, a hombres y mujeres, a ricos y pobres, a torpes y a listos en esta magnífica institución que gracias al método cartesiano llevaría a todos a la luz.

Sin saberlo, y sin quererlo, daba nacimiento a otra cosa. Una maquinaria inclemente de selección y competencia, una estrategia de clasificac-

ción, un nuevo Taigeto, un ser perverso que se alimenta del fracaso y la exclusión. Y es que en la esencia misma del acta de su nacimiento está el error fundamental que ha marcado incluso a las concepciones escolares de vanguardia: el supuesto de la igualdad de los seres humanos. Como todos somos iguales, todos podemos aprender lo mismo, en el mismo lapso de tiempo y con un solo método. Las metas son comunes, los caminos también. Al trazar sus objetivos abstractos para el hombre abstracto y racional, al trasladar a la escuela la búsqueda moderna de la universalidad, la escuela terminó sirviendo de hospital y de cárcel, para construir la norma y así, con ella como medida, examinar, clasificar y castigar.

II

Amartya Sen ha mostrado los problemas que en torno de la justicia trae esta concepción engañosa de la igualdad.

Hobbes señalaba que si los seres humanos son diversos en su corporalidad, lo son mucho más en la distribución de sus capacidades. Y Sen escribe: "La potente retórica de *la igualdad del hombre*, a menudo suele desviar la atención de estas diferencias. Aunque tal retórica, por ejemplo, *todos los hombres nacen iguales*, se ha considerado siempre como parte esencial del igualitarismo, las consecuencias de pasar por alto esas diferencias entre los individuos, de hecho, pueden llegar a ser muy poco igualitarias, al no tener en cuenta el hecho de que el considerar a todos por igual puede resultar en que se dé un trato desigual a aquellos que se encuentran en una posición desfavorable".

Esta es la violencia fundamental de la institución escolar. Se equivocó Comenius porque partía de una concepción errada de la condición humana. Lo que era una meta emancipadora terminó siendo una herra-

mienta útil para adocenas, supervisar y apocar. La pregunta pertinente era y sigue siendo, como intenta hacerlo la teoría económica de Sen, "¿igualdad de qué?". ¿Cuál es la igualdad que la escuela debe entregar para que la institución cumpla la utopía liberadora y deje de ser el espacio signado por el fracaso que es en todas partes?

III

La igualdad no es de capacidades; ni siquiera, como lo dice el cliché, de oportunidades, porque aprovechar la oportunidad se vincula a la capacidad que se tenga de alcanzar y disfrutar lo que la oportunidad ofrece. La igualdad está en la motivación. Lo que todos los alumnos requieren es el estímulo suficiente que aliente en ellos la búsqueda permanente de la mejora personal. La igualdad no está siquiera en el trato, porque si aceptamos y observamos la diversidad esencial de las personas veremos que nos piden a menudo tratos distintos para idénticas situaciones.

En la atención a cada cual en su radical originalidad y en el desprendimiento del manda-

to institucional de evaluar, comparar y sancionar está la auténtica utopía que soñó Comenius. Ese *todos* no es igualador, no agrupa y amon-tona, no funde las diferencias en ese niño abstracto que escucha y aprende con el que sueñan ingenuamente las facultades de Educación.

La diversidad no es tampoco incorporar a los diferentes, llamados hoy discapacitados. Porque tampoco existe la norma que permita igualar a los llamados discapacitados. Es simplificador e injusto agrupar a un niño sordo con uno con síndrome de Down, o a un autista con uno con problemas motores. Lo que existen son seres humanos, niños o jóvenes con necesidades diversas. Muchísimos de los llamados normales presentan en momentos dramáticos de sus vidas mayores necesidades especiales que muchos de los llamados discapacitados. Y la escuela o los desatiende o los clasifica hacia la anormalidad con los diagnósticos de moda: depresión, déficit de atención, dislexia, hiperactividad, et-cétera.

No habiendo la separación burda entre capacitados y discapacitados, la escuela no

es integradora porque la integración es la incorporación de un grupo a una comunidad que recibe, con buena conciencia quizá, pero poniendo su norma. Es *inclusión*, es decir, presencia de la diversidad en un espacio compartido en el que la norma común es únicamente el respeto mutuo, la atención personal y la paz. Es el derecho de cada cual a ser tratado conforme a sus características propias e irrenunciables porque constituyen su identidad. La aceptación de esta pluralidad en la escuela es la ampliación del mundo para todos. No es el beneficio para los discapacitados, no es esa su justificación.

IV

He conversado una tarde con la directora de un colegio de educación especial. Me ha pedido que acepte a un par de niños con "problemas de discapacidad". Yo no he tenido inconveniente hasta que me ha dicho que se trataba de un adolescente ciego. Ignoro por qué, pero algo resonó en mí y un temor me cogió y casi me impulsa a negarme. Por la noche no he podido conciliar el sueño y, de algún modo, la ceguera me ha perturbado y no he querido tenerla al lado.

He observado ese temor en las madres que veían que en el aula de su hijo recibía a un niño con síndrome de

La escuela que incluye mejora, sobre todo, a los que nos creemos normales.

Ellos pueden darle a la escuela y a la patria la esperanza y el valor moral que hacen falta.



Foto: Florencia Neumann

Down. Es el miedo irracional a lo desconocido, a ese otro tan ignorado que ninguna empatía puede ponernos en su modo de ser y sentir. Es el otro como una pantalla en blanco sobre la que proyectar nuestras fobias y temores, las angustias más duras, las que nos alejan de la generosidad y el amor al otro. El desinterés que lleva a que la sociedad invierta apenas el 0,05 por ciento del presupuesto del Ministerio de Educación en discapacidad o a ignorar a más de tres millones de personas en un año que se titula con sus derechos y sin embargo apenas uno de cada cien niños con discapacidad va a la escuela y no se hace nada, es la expresión de una negación a aceptar esa fragilidad física y esa exposición incierta a la tragedia que amenaza constantemente nuestras vidas y las de los que amamos.

De ese temor nos libera el hábito, la vecindad, la con-

vivencia con la diversidad de necesidades que presentan nuestros semejantes. La escuela inclusiva, la que se adecua a cada cual, la que se humaniza y mira el dolor y la dificultad, la que no reparte veintes y ceros, la que valora el esfuerzo y premia la búsqueda constante de superación, puede enriquecerse con la presencia de esos niños que han vivido ya más cerca del dolor o el fracaso que nosotros todavía tememos. Porque he visto la pureza de su personalidad. El niño con síndrome de Down o el llamado autista o muchos otros para los que el diagnóstico no ha inventado aún una etiqueta se han salvado del fingimiento y la máscara, de la mentira que hemos aprendido los demás a usar para sobrevivir bajo la mirada ajena. No aparentan, no ocultan su corazón. Son ejemplo de la espontaneidad de amor, de la explosión impetuosa de los afectos; exhiben sus pasiones despre-

juiciadamente, viven en la verdad de su ser. Este contacto con su bondad nos ennoblece, nos humaniza, rompe nuestra rigidez y no solo nos enseña el valor de la solidaridad y la ayuda mutua sino que además atenúa nuestro temor a ser como ellos o a tener hijos como ellos. Porque moralmente son mejores que nosotros, los que los clasificamos, separamos y olvidamos.

La escuela inclusiva ayuda sin duda al niño con necesidades especiales. Lo devuelve a la esencial pluralidad de nuestra especie. Le da otro espejo, uno con el que construir mejor el amor propio. Lo estimula y lo motiva a ser como es y a compartir las semejanzas. Pero yo sostengo que la escuela que incluye mejora, sobre todo, a los que nos creemos normales. Ellos pueden darle a la escuela y a la patria la esperanza y el valor moral que hacen falta. ▲